

LA MANO GARRA

I

Un día, cansado de no hacer nada, me fui a la biblioteca, porque las bibliotecas como los museos nos proporcionan de repente sorpresas agradables.

Anduve como una polilla por entre los pergaminos, buscando el placer de lo misterioso, de algo desconocido.

El recinto estaba silente. De cuando en cuando se oía un ligero ruido entre los anaqueles, como de algo que cedía; el ruido como de una página sabia que se derrumba. Pensé: las polillas. . . .

Había un pergamino enorme que parecía un fósil y cuando lo moví del puesto, salió de entre sus folios un cuadernillo negro que se desparramó en el tablado; era un cuadernillo con forros de hule, pequeñín, y esta leyenda en la portada: «Mi diario gris.» Debía ser de un poeta porque los poetas ven gris a su interior.

Es un diario de Raúl Lopera, un antiguo estudiante que, a lo que parece por sus apuntes, era muy observador, muy complicado y muy simpático.

Puede decirse que desde aquel día del hallazgo del diario de Lopera, he encontrado yo los primeros rastros de esta leyenda.

Es una historia incoherente, hecha de retazos de tradiciones, de apuntes truncos y hasta de casualidades.

Raúl Lopera empezó su diario un día tres de febrero con estas palabras:

«Hoy abro este diario de estudiante curioso. Este claustro colonial, donde hay mucho de sabiduría, habrá de ponerme cada día una huella en el alma, la que también a diario copiaré en estas paginillas como en un negativo.»

Y un cuatro de abril escribió:

«He hecho un hallazgo curioso. En un ángulo del claustro, donde revolví la tierra, encontré el esqueleto de una mano derecha de hombre. He guardado esos huesos como la clave de un misterio. Serán de un sabio o de un criminal? Quién sabe. Son un rastro del pasado que necesita luz.»

Después dice:

«Junio 14. He reconstruido y examinado el esqueleto de la mano. Era una mano corta que debió ser fornida. No parece una mano de sabio, me hace recordar una garra de águila, rapaz, traicionera.»

Y, después, cuando yo he conocido mejor la complicada leyenda de «La mano garra,» he reconocido que esta otra paginilla de Raúl Lopera es importantísima:

«Junio 22. Hoy entró un hombre tuerto al claustro. Lo he observado demasiado: es fiero, de ceño agrio; ha estado mirando largo rato a un rincón del claustro, como si de allí viese nacer algo fantástico, se puso pálido, y de improviso empezó: Horrible, espantoso!... Véanlo, véanlo!—y con la mano izquierda, enteramente rígida, ha señalado algo que, según sus ademanes, andaba invisiblemente por el aire. Ha sudado abundantemente; tenía su solo ojo turbio, confuso, y parecía mirar a una larga distancia o a su interior. Su sonrisa era el gesto de quien bebe un poco de hiel o una gota de limón. Durante todo el tiempo mantuvo su mano derecha obstinadamente en un bolsillo, privándome del gusto de verla, porque ahora estoy dedicado a examinar manos. Estoy obsesionado con la esquelética. Se fue con su cara contraída y su ojo como el de un cíclope.»

Nada más escribió sobre esto Raúl Lopera, y quizá, murió sin sentir satisfecha su curiosidad. Pero yo he sido más afortunado porque en mí la casualidad ha reunido casi los íntegros datos del problema.

II

Sucedió, pues, que un día, por una curiosidad muy digna, por un deseo de palpar si se quiere la flaqueza humana, por conocer el carnaval de la sinrazón, yo fui al manicomio de los hombres.

Me mandaron seguir y anduve por los patios, y por los corredores. Todo es sin ninguna belleza, tosco, fuerte, horrible, y, es muy justo: cualquier flor allí sería una ironía para los pobres locos. La razón del visitante se confunde, porque se encuentra casi sola.

Yo oí gritos agudos y carcajadas, vi ojos espantados y desorbitados, manos crispadas; vi al Horror... Allá recuerda uno muchos versos del Dante, y ve personajes que se desesperan en el infierno del florentino.

Algunos locos, que no son furiosos, se pasean por el patio como unos sonámbulos. Otros caminan como si hubieran a diario de correr diez leguas o estuvieran perseguidos; otros se paran en un solo pie, y se quedan embebidos, mirando la sombra, como si resolviesen un complicado problema de luz; se rien, hablan, gesticulan solos; otros, y son numerosos, mantienen los ojos en el aire, ávidos de algo, como si el valioso y perdido tesoro de la razón les volara, igual que una mariposa, a pocos metros delante de la cara; no parpadean, no hay ojos claros, ni reposados.

En un rincón del patio había un loco viejo, lleno de arrugas y de canas, parado frente a un hoyo cuadrilátero y poco profundo.

—Mire usted, me dijo el guardián, es un pobre loco que vive aquí hace diez años. Es muy original, muy interesante. Siempre ha tenido una confusa idea fija. Yo he podido comprender al través de tantos años y por sus manías, que se enloqueció de penas morales; tal vez tiene un remordimiento que lo persigue; conti-

nuamente es un visionario; a veces se queda abstraído y repentinamente rompe a gritar: véanlo, véanlo! .. y señala algo que indudablemente camina en el aire delante de su ojo.

Nos acercamos al hoyo, caminando lentamente; el guardián me dice que el loco lo ha abierto obstinado en que se lo está pidiendo un minero que continuamente nombra; otras veces diz que se obsesiona con un capitán.

Yo me incliné sobre el hoyo que estaba apenas cubierto el fondo con un poco de agua muy roja.

Repentinamente el loco me tocó un hombro y me dijo:

—No ve usted? Eso es su sangre, yo lo maté ...
—el loco tenía su ojo turbio, pero penetrante y ligero—
le pregunté:

—A quién?—Y me dijo:

—Tonto!... a Julián, no es verdad que a Julián no lo enterraron? Yo sé que no, se quedó en el monte, en la hojarasca,.... insepulto....

—Yo no entiendo.

—Pobre, me dijo, y agregó: los que no están locos no entienden. Ve usted los astros? Son luz y no entienden, y..... se quedó pronunciando la y largamente.

—Qué dices? le interrumpí.

—Al revés, más loco usted que yo, al revés.... aquí ya no somos ladrones; hemos olvidado esa locura. De estos muros para afuera todos son ladrones, y....

—....y qué?

—....Y asesinos—agregó. Claro! los locos no roban ni matan.

—Filosofías. ..—dije.

El se puso a reír y agregué:

—Tonterías:

—Al revés, al revés, dijo, los locos no roban ni matan....usted es ladrón y asesino!

—Por qué?

—No saben la razón de los locos.... La razón de los locos,—y se puso a reír.

Yo me quedé callado buscando todo el sentido de las palabras del loco. De pronto sacó de un bolsillo un poco de oro viejo, y presentándomelo en su mano me dijo:

—Vea, esto es mío? En el monte, escondido, este oro me brillaba aquí, a la luz de la luna, como un astro.

—De dónde lo sacaste?

—De la tierra—y mostrándome el hoyo vecino agregó:

—Aquí voy a sacar oro.

Comprendí más o menos su pensamiento.

—Ah, tú eres minero?

Abrió admirativamente su ojo y me respondió, poniendo una visión retrospectiva:

—Ah!.... Cómo saber!.... Si minero....—y se quedó abstraído en un recuerdo confuso; la cara se le contrajo; su ojo tenía una luz tenaz, y repentinamente levantó su mano izquierda crispada, con su dedo índice rígido, y señalando a un punto aéreo dijo muy quedo, para sí apenas:

—Véalo, véalo!....

—A quién ves?

—Al muerto. Véalo; me vació este ojo; y, no lo han enterrado los hombres; está sobre la hojarasca, pero, nosotros los locos lo vamos a enterrar aquí, en mi hoyo....los locos....y se quedó riendo.

Pacientemente empecé a reconstruir las principales palabras del loco: sangre, maté, Julián, insepulto, monte, hojarasca, oro, sacado de la tierra, minero, ojo vaciado,

luna, etc. . . . Y teniendo presente su obsesión con los ladrones y asesinos creí adivinar y le dije:

—Mataste uno, a Julián, a la luna, en un bosque cerca de la mina, porque te vació el ojo, y lo dejaste insepulto, verdad?

—Era tan ladrón, me robaba oro. . . . Claro! Pero voy a enterrarlo aquí con su sangre, con ésta—y se agachó hasta tocar el agua roja; sacó de nuevo sus granos de oro y agregó unas filosofías:—Vea, esto es una estrella, y, no es, sabe? Esto es un martillo, me golpea la cabeza; esto tiene la culpa, la culpa. . . .

De improviso, agarrándome de un brazo, me dijo en secreto:

—Venga, vamos allí. . . .—era imposible resistir a su mano de hierro, y llegamos a una celda negra y hedionda. Empezó a pasearse después de tirarme sobre un banco; medía de tres pasos el largo de la celda. Yo empecé a confundirme, a sentir un temorcillo, cuando el loco de un portazo dejó la celda en tinieblas; seguí oyéndolo cómo corría por el cuarto, hasta que plantándose me dijo muy quedo:—Déme un pedazo de tabaco. —Cuando encendió, arremióse cauteloso y abrazóse a mis piernas. Yo tengo muchos pecados: voy a confesárselos, claro! porque no he sido loco tengo muchos pecados, perdónemelos usted. . . .

Empezó con esas palabras de un verdadero consciente, y yo, temeroso de burlar la conciencia del hombre, me levanté para salir, pero él de cuatro empujones me llevó de nuevo al banco, y continuó con un acento firme pero confidencial:

—No ve usted esta sombra?—Estábamos ciertamente en tinieblas, continuó:—Vea el oro: es una estrella, pero. . . .—y sentí que con la mano se golpeaba la frente imitando martillazos.

—Abramos la puerta—le dije.

Y me contestó riendo francamente:

—Los locos estamos mejor en tinieblas. . . .

—Tú no estás loco.

—Usted no sabe. . . . por el capitán!

—Cuál capitán?

—Otro. También lo maté. Claro!; era ladrón.

Vino después un silencio largo; el humo del tabaco del loco empezó a no caber en la estancia; y, la candela redonda parecía en la oscuridad el ojo único del hombre que relampagueaba. Yo tenía las manos puestas delante como en defensa, cuando de pronto sentí un miembro redondo entre mi derecha. El loco me dijo:

—Me robó esta mano en el cuartel.

Era el tronco del brazo derecho que siempre tenía obstinadamente en el bolsillo del pantalón. Yo recordé entonces una paginilla de Raúl Lopera, mientras palpaba la redondez terminal del brazo trunco. Repentinamente, de una manera brusca, se me prendió fuertemente y empezó a decirme, señalando al tiempo con su izquierda:

—Lo ve? Véalo, véalo. . . . el capitán; se está incorporando de la sombra del rincón. . . . Véalo, ahí viene —y empezó a retroceder; después se quedó unos momentos abstraído, dejó caer el tabaco cuya candela se rompió en muchas menudas chispas rojas que alumbraron vagamente las paredes y el contorno de algunas cosas; después le tomó un como éxtasis de terror y le oí hablando cosas confusas e ininteligibles. Sentí un poco de miedo y de curiosidad. Cuando me soltó me preguntó naturalísimamente:—No oyó lo que me dijo?; lo que dice siempre, estas palabras: Pobrecillo!, pobrecillo!!—soltó entonces una carcajada de aquellas que a veces se ensayan por no llorar, y acabó con un acento dramático: claro! me insulta porque lo tiré a los profundos infiernos! . . .

Volvió a pasearse. Yo abrí la puerta y noté que sudaba abundantemente y respiraba duro. Salí. De la mitad de la celda me dijo:

—Perdóneme.—Pero yo me aparté cautelosamente. A los veinte pasos le oí:—No quieren perdonarme mis pecados mortales....

III

Con estos datos fue imposible hacer ninguna segura conclusión.

Volví entonces a estudiar de nuevo el diario de Lopera; a buscar en él una incógnita en muchas páginas que no había gustado todavía, y que quizá completara el problema, pero, fuera de las apuntadas paginillas que hablan de «La Mano Garra,» apenas encontré ésta, tan trunca como aquellas o más:

«Noviembre 7. He pasado el estudio de la noche con la vieja preocupación del esqueleto de la mano, que, hace muchos días guardo en el fondo de mi pupitre revuelta con mis versos y filosofías del corazón.

El salón se ha llenado de luz, y las sombras negras y frías de este invierno, hanse quedado acechando en los patios.

Y yo he forjado, ante la imposibilidad de aprehender la verdad, una leyenda sobre estos huesos tal vez criminales, mientras los estudiantes hacen sobre los libros unos problemas que resultan ser unos castillos con amoroso sabor de tierra natía... con cielo natío,.... con alma natía.... porque a veces, frecuentemente, piensan, digamos, con el corazón. Viven tan lejos que aquí son unos extranjeros, y, es tan fácil pensar en el nido....

La Mano Garra?... La Mano Garra es para mí la misma duda; por eso la he puesto en el cajón que

guarda la ciencia dudosa de muchos libros que no he aprendido.»

Nada nuevo, pues, pude conseguir. La verdad se reducía a un doble asesinato y a otras noticias incoherentes. Me fue imposible cimentar una verdad sobre tantas lagunas como había entre lo que parecía cierto.

Hasta que un año cuando se abría el Colegio, entró una tarde un viejo noble con un hijo estudiante. Venía a recordar, a reconocer. Recorrió con pasos lentos todos los rincones del recinto, y yo, que he tenido un poco de la curiosidad de Raúl Lopera, oí todos sus recuerdos. Cuando llegamos a esta Aula Máxima, empezó:

«—Hace muchos años, cuando esto no estaba reformado, fue, a consecuencia de una guerra civil convertido en cuartel. Yo era un sargento y estuve aquí. Vino entonces con nosotros un compañero maligno y ladrón. Pero era tan callado este hombre, que jamás dijo por qué tenía un ojo perdido de un tremendo y largo machetazo. Y no dejó de venir a la guerra por la pérdida, porque le trajo el corazón viciado de robo.

«Dormía en este rincón.

«Cuando venía la callada noche, después del medroso silencio que daban los cornetas en las esquinas contiguas, quedábase en su cama pensativo e insomne; y, cuando todos dormían salíase quedo, como pisando una alfombra de oscuridad, por entre las salas medio abiertas de la puerta muda.

«Era tal su sigilo que burlaba hasta la luz de la luna, que, recortándose en los aleros, se copiaba en cuadrilátero sobre las piedras del patio.

«Nadie sabía su misterio. Hasta que una noche se robó la imagen de Nuestra Señora, la «Bordadita,» y la cambió en una prendería por unas monedas de plata y oro.

«Después de muchos regateos, porque allí se topó la usura con la codicia, de mucho ponderar éste el gran valor del objeto, porque de él le viniera más lucro, y tanto más o menos desvalorarlo el otro, porque le valiera insignificante cosa, convinieron en un tan pobre precio, que no valió el riesgo que el soldado corrió en su conquista.

«Así fue, pues, como la Virgen Bordadita, huyó envuelta en el sigilo de la pasión del soldado, una mañana llena de nieblas. Y pareció que luego las armazones sintieran flaqueza, porque cuando ella faltó, vino tal furiosa locura a los soldados, que empezaron a tumbar los maderámenes; arrancaban los tablados y las puertas y los echaban al fuego. Y era que no habiendo pues, sobre ninguno el límite de la ley, y nada de recuerdo de ley religiosa por obra de la guerra, los hombres se sintieron como son, íntegros de pecado, ansiosos de ruina y faltos de razón, que no es más este hombre civilizado de ahora que mucho pecado ingénito con un poco de razón artificial.

«Pero a poco andar los días, un capitán también maligno y de rapiña, por quitar al soldado su lucro le cortó una mano de un tajo.

«La mano quedóse en un charco de sangre, y cuando estuvo rígida, se quedó crispada, como lo estuviera cuando la tronchó el filo enemigo.

«El Capitán murió en una batalla; murió misteriosamente.

«Y sucedió, después, que al pobre manco le vino tal malestar, que aquí en su rincón, estabase siempre con el alma en pena, como metido en los profundos infiernos, y cogió la manía de salir a pasear al patio. Caminaba a largos pasos sin poder detenerse. (Caminando sobre las piedras serenadas, a las que arrancaba la luna vivezas de cristal, parecía quebrando perlas de mar).

«Hasta que una vez, cuando era un profundo silencio, y una noche fría y negra de noviembre, repentinamente llenóse el recinto de voces de espanto y el soldado vino a caer privado, aquí a la puerta del salón.

«Quedóse loco enteramente.

«Cuando le preguntamos la causa, repetía, mostrando con la mano izquierda, porque se obstinó en guardar en el bolsillo la trunca, algo que caminaba invisiblemente por algún rincón de esos oscuros del patio: —Véalo, véalo... aquí estaba el capitán!...

«Y un día atropelló al centinela y marchóse. Desde entonces quién sabe....»

Cuando el viejo acabó, pregunté:

—Y qué fue de la mano?

—Ah, me dijo, fue una escena conmovedora. El mismo soldado la enterró. La envolvió en unos trapos; parecía un ex-voto de cera. Como era un hombre huérfano, solo, desheredado, nunca había enterrado algo que fuera suyo, y lloraba, porque según dijo, le parecía que se enterraba él mismo. Yo supongo que al enterrar su mano bajo dos palmos de tierra, debió sentir lo que se siente al enterrar un hijo, bajo los siete del cementerio. Era una mano corta, fornida; parecía una garra de águila.

Cuando el hombre acabó, siguió paseando el recinto; evocando, reconociendo....

Y esto hasta hoy se sabe únicamente de «La Mano Garra» y de su dueño. Qué fue de él? Quién sabe.... Y de la mano? Quién sabe....

ONEL MARQUEZ
alumno convictor.

Octubre de 1923.